



Un día, el pirata Brutus se despertó de la siesta.

—Tengo ganas de jugar con mi tesoro —exclamó.

Tantas ganas tenía que se puso el sombrero al revés
y saltó de la hamaca.

Luego, fue derecho a buscar su tesoro, pero no lo encontró.

No estaba. Ni acá. Ni allá. Ni mucho menos en alguna parte.

Así que brutus se preocupó sin parar hasta que llegó al puerto.

Subió a su barco pirata y navegó alrededor de la isla.

Por fin, se acercó a una orilla cualquiera y se bajó.

Justo ahí, medio escondido en la arena, había un cofre chiquitito.

Lo abrió de un soplido.

Dentro del cofre encontró un montón de caramelos brillantes, unas monedas de chocolate y una bandeja de masas doraditas.



—¡Este no es mi tesoro! —protestó Brutus.





Y siguió caminando con pasos pesados.

Dio la vuelta a una palmera. Primero para un lado y después para el otro.

Entonces, de la rama más alta cayó un cofre bastante grande.

Brutus lo abrió con uno de esos gritos de pirata que destapan lo que sea.

Metió la mano y sacó cocos de oro, piñas de plata y una entrada para ver el partido de "Los Delfines" contra "Las Focas".



—¡Tampoco es el tesoro que busco! —gruñó malhumorado. Y eso que era fanático de “Las Focas”.

